

ANTE EL DOLOR Y LA MUERTE

Paisajes de un viaje
hacia el misterio

José Manuel Caamaño López



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2014, José Manuel Caamaño López

© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2804-8

Depósito legal: M-32.195-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

EL MOTIVO	5
1. A MODO DE PÓRTICO: ENTRE EL ESPANTO Y LA TERNURA	11
2. MIEDO A LA MUERTE, MIEDO A LA ENFERMEDAD	16
3. Y SIN EMBARGO... LA MUERTE COMO HECHO	20
4. LA CONTEMPORANEIDAD DEL <i>IVÁN ILLICH</i> , DE LEÓN TOLSTOI	25
5. UN CAMINO HACIA EL CALVARIO	29
6. LA DESESPERACIÓN ANTE LA MUERTE BIOGRÁFICA .	33
7. AL BORDE DE UN ABISMO	38
8. LA REVELACIÓN DE LA ENFERMEDAD	42
9. EL COMBATE ESPIRITUAL CONTRA FUERZAS MISTERIOSAS	46
10. LA VEJEZ: ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD	56
11. ALGO INCOMPENSIBLE: STEFAN ZWEIG COMO SÍMBOLO	62
12. LO CONOCÍA DE OÍDAS, AHORA ME HA TOCADO	68
13. LA TRIVIALIDAD DE UNA SITUACIÓN ESPECIAL	72
14. EL SÍMBOLO DE LA BARBARIE	76
15. MATAR A UN SER HUMANO	81
16. UN FINAL EN SOLEDAD Y MISERIA	88
17. LA BUENA MUERTE	94
18. EL <i>ARS MORIENDI</i>	99
19. LA LEY DEL MACHETE	105
20. LA CONVERSIÓN DE LA MUERTE EN UN TABÚ INFANTIL	109
21. DE VISITA EN EL TANATORIO	114
22. EL SILENCIO, LA DUDA Y LA MENTIRA	118
23. APRENDER A DESPEDIRSE	122

24. LA SAUDADE DEL MÁS ALLÁ	126
25. EL HUMOR Y EL DOLOR	133
26. LA FRAGILIDAD DEL AMOR	137
27. LA PERSPECTIVA RELIGIOSA EN EL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE	143
28. EL CIERRE	150

EL MOTIVO

En su obra poética publicada en 1893 con el título *Der Tor und der Tod* («El loco y la muerte»), el escritor vienés Hugo von Hofmannstahl escribía: «Ahora que apagado debo ir hacia la muerte, mi cerebro lleno del peso de esta hora, y cuando toda pálida vida se desvanece: *por primera vez ahora que muero, empiezo a percatarme de que vivo*». Y ciertamente la muerte suele tener ese efecto paradójico que conmueve al espíritu humano, pues es cuando estamos cara a cara con ella cuando comprendemos radicalmente la importancia de estar vivos, pero también cuando experimentamos la finitud y la caducidad que constituye la esencia más irrefutable de nuestra débil condición. La muerte inquieta y atemoriza. Quizá ese haya sido el motivo por el cual el duque y escritor francés del siglo XVII François de La Rochefoucauld escribiera en una de sus máximas que «el sol y la muerte no se pueden mirar de frente», pues se trata de uno de los grandes interrogantes lanzados a la existencia humana, el más grande de los misterios ante el que nos confrontamos directamente con el mal y la finitud. La muerte desconcierta siempre por sus paradojas y contradicciones, pues, siendo lo más natural y obvio, no puede dejar de ser a un tiempo lo más violento e incomprensible, un misterio en último término siempre inquietante.

Se ha escrito mucho sobre la muerte a lo largo de toda la historia. Ha sido motivo de ensayos y teorías, de leyendas, novelas y poesías. Durante las últimas décadas ha surgido incluso un nuevo fenómeno denominado tanatología y que ha llegado ya a convertirse prácticamente en una disciplina con entidad propia. Los esfuerzos por reflexionar, estudiar

y comprender todos aquellos problemas que suscita el proceso de morir en toda su complejidad se han multiplicado de forma considerable. Pero, aun así, muchas de las obras publicadas, a pesar de tener una gran calidad técnica y conceptual, parecen frecuentemente reducidas a una notable aportación teórica que no consigue satisfacer, en último término, la inquietud que las situaciones trágicas de la vida producen a una gran multitud de personas y familias. Contienen un loable esfuerzo de desdramatizar el dolor y la muerte, de ennoblecer aquellas prácticas y conductas que constituirían el ser mismo de una sociedad y de un mundo ideal. Intentan introducir claridad y promover valores que todos creemos que deberían constituirse en santo y seña de la profesión médica, jurídica y política, además de vertebrar toda la vida moral, religiosa y, en definitiva, humana.

Pero, con todo, hay preguntas que jamás se pueden eludir y que a muchas personas constantemente le asolan: ¿por qué a mí? ¿Por qué nosotros hemos tenido que sufrir semejante tragedia? ¿Por qué ese joven ha decidido poner fin a sus días sobre la tierra? ¿Qué ocurre con tantas personas que ya no se pueden mover, que se ven reducidas a una vida inconsciente o a soportar el dramatismo vital del sinsentido? Sin duda, el último viaje de nuestra vida plantea problemas y preguntas que muchas veces no tendrán respuesta, pero ante las cuales es preciso y urgente que nos situemos de alguna forma, que las tomemos en toda su radicalidad y realismo, sin los adornos de unas palabras bien construidas, pero vacías de significado y sentido.

Porque el sufrimiento y la muerte son hechos ineludibles que, sin embargo, producen verdadera angustia, especialmente cuando ese último viaje se convierte en una interminable noche oscura de tinieblas y dolor. Escribía Vicente Risco que «la muerte no es, desde luego, cosa buena, pero

tampoco es cosa a la que se tema mucho. “Al fin –dice la gente– morir hay que morir”. Lo que se desea es una buena muerte, con conciencia y con los sacramentos todos; lo contrario es “morir como un perro”. Cuando un enfermo recibió todos, dicen que está “*despachadiño* de todo”». El sufrimiento fractura de algún modo nuestro ser. Es como si un océano antes en calma sucumbiera ante la imponentia de un inmenso oleaje en el que ya nada vuelve a ser lo mismo, en donde las causas nobles, el amor y la lucha cotidiana se oscurecen ante la amenaza del sinsentido.

Con frecuencia, la amargura y la tristeza se convierten en las fieles compañeras de viaje y en el antídoto contra cualquier forma de esperanza. Los sentimientos, las pasiones, las creencias, los referentes... todo cuanto somos se sitúa ante el suspenso de unas conciencias conmocionadas por situaciones que nos hacen perder el juicio y nos fracturan el corazón. Ahí nos experimentamos radicalmente en nuestra propia condición finita y vulnerable. Ahí sabemos que, en definitiva, no somos sino esa «corteza y hoja» que decía el verso de Rilke, pero cuya manera de afrontarlas depende, en último término, de la raíz en la cual se sustenta toda nuestra vida. Porque uno no puede ser inmune a lo que en el fondo es, sino que, a pesar de todo, tiene que tener la osadía de buscar un sentido a aquello que parece que ya no lo tiene, sin perder ni enmascarar la paradoja y hasta el dramatismo que muchas veces la realidad descubre, pero sin dejar al mismo que sea el sufrimiento el que se apodere de la vida y controle nuestra libertad.

Y en este sentido se enmarca el presente ensayo de carácter narrativo, pues narrativa es también la configuración de la propia identidad humana en la que se producen tantas alegrías y también tristezas. Hace un tiempo escribí una aproximación de carácter más académico, aunque divulga-

tivo, a los problemas del final de la vida con el título *La eutanasia. Problemas éticos al final de la vida humana* (Madrid, San Pablo, 2013). Ahora he pretendido dar un paso más para poner rostro a la teoría allí contenida. Por eso he intentado articular lo teórico y lo práctico, la idea y la realidad, en una síntesis narrativa con la convicción de que los problemas del final de la vida solo se pueden tratar adecuadamente desde la mirada de rostros concretos, desde el contacto directo con situaciones de dolor y sufrimiento. He recordado conversaciones, experiencias personales y lejanas, he recorrido hospitales y lugares que no siempre son agradables de visitar. También he investigado, leído y estudiado sobre cada una de las situaciones que me he encontrado. Por último hice el esfuerzo de poner por escrito y dar forma a todo lo que he aprendido a lo largo de este tiempo. De algún modo, más que un ensayo, las páginas que siguen constituyen como la experiencia de un *voyeur* que recoge paisajes de la etapa más difícil de nuestro recorrido mundano. Por eso todos los hechos narrados son reales, aunque no siempre lo sean los nombres de las personas que aparecen en ellos.

Pero quizá lo más importante es que este escrito es fruto de una necesidad interior. Hace unos años tuve la ocasión de leer la crítica que Rainer María Rilke le hacía en 1903 a los escritos que le había enviado el joven poeta Franz Xaver Kappus. En ella le decía que sus versos no llegaban a tener el carácter de propios, que no conseguían ser del todo personales, sencillamente porque, al escribirlos, le movía más la complacencia exterior que una necesidad interna. De ahí su consejo: «Adéntrese en sí mismo. Escudriñe hasta descubrir el móvil que le impele a escribir. Averigüe si ese móvil extiende sus raíces en lo más hondo de su alma [...]. Y si de este volverse hacia dentro, si de este sumergirse en su propio mundo, brotan luego unos versos, ya no se le ocurrirá

preguntar a nadie si son buenos. Tampoco procurará que las revistas se interesen por sus trabajos. Pues verá en ellos su más preciada y natural riqueza: trozo y voz de su propia vida».

Por eso, si hay algo que en estas páginas tenga valor alguno, es que se trata del fruto de una necesidad vital propia y muy personal, es un intento de sondear la intimidad sin tapujos y con claridad. No he pretendido elaborar una teoría sobre el dolor y la muerte, tampoco hacer adornos especulativos y academicistas ni embellecer con palabras vacías situaciones que no pueden dejar de conmovernos y hacernos sentir tristes. La única pretensión ha sido la de afrontar la verdad sin perder la esperanza, sabiendo que hay algo que nunca podemos olvidar: *memento mori!* Esa es quizá la verdad más segura de todas aquellas que podamos creer y que siempre debemos tener presente en nuestra mente y en nuestra vida.

1

A MODO DE PÓRTICO: ENTRE EL ESPANTO Y LA TERNURA

Me sucedió hace poco tiempo. Sabía que la visita podría ser difícil, como me ocurre siempre que tengo que ir a un hospital y respirar ese olor que luego no consigo retirar de mi nariz o quizá de mi mente. Me pasa desde pequeño y aún hoy me resulta algo enfermizo. A veces intento contener la respiración unos segundos o me pongo la mano delante de la cara para evitar que entre en mi interior y me cree esa sensación de enfermo, pero es un esfuerzo vano. Desde el vestíbulo, la cafetería, los aseos o el ascensor... todo tiene ese temible olor a enfermedad y medicación que luego me acompaña durante días, aunque ya esté muy lejos.

Posiblemente yo no esté acostumbrado a situaciones verdaderamente dramáticas e impactantes, pero esa vez fue distinta y la imagen que una y otra vez me conmovía era más aterradora que el mero olor de un contexto normal. Subí a la cuarta planta –la «planta del cáncer» la llamaban– y empecé a caminar medio temeroso por el pasillo, buscando la habitación de un pariente al que iba a visitar. Había algunas enfermeras y médicos hojeando papeles y hablando en el interior de una estancia cerrada con un mostrador. La gente iba y venía con gesto serio, algunos intentando contener a duras penas unas lágrimas que tarde o temprano tendrían que salir. Mientras caminaba intentaba mirar por la puerta entreabierta de alguna habitación para ver si veía a alguno

de los enfermos, quizá por ese deseo morboso de saber en qué posición se encontraban, a qué máquina estarían conectados o, sencillamente, por comprobar que la realidad de los hechos no podía ser tan dura como las ideas de la imaginación. De hecho, algunos de ellos estaban dando paseos por los pasillos agarrados a su inseparable aparato de tres ruedas en el que van colgadas las bolsas de suero o alguna otra medicación. Otros lo hacían en silla de ruedas y hablaban tranquilamente con parientes o conocidos.

Realicé ese corto recorrido hasta la habitación de la persona a la que iba a visitar con total parsimonia, procurando fijarme en todos los detalles, como preparándome para lo que podría encontrarme y retrasando todo lo posible ese fatídico momento en el que nunca se sabe muy bien qué decir ni cómo actuar. Es como una prueba de fuego en donde uno tiene que dar esperanza, pero sin perder el realismo, tragarse el dolor propio para consolar el ajeno, aparentar normalidad en una situación que todos percibimos como excepcional, como el enemigo que deseamos combatir y derrotar. Probablemente no haya en ningún lugar tanta mentira –o quizá aun hipocresía piadosa– como ante el rostro de una persona moribunda. Cuando al fin llegué, abrí la puerta y vi a un señor durmiendo en una cama y a una mujer sentada en un sillón leyendo una revista. Me imaginé que no estaría demasiado grave, pues al fin y al cabo estaba durmiendo tranquilo y sin ninguna máquina a su alrededor. Siempre que pienso en alguien muy enfermo lo hago como si estuviera apresado por una red de tubos y pantallas que van controlando su estado vital. La otra cama estaba vacía, aunque la mesilla estaba llena de cosas y en el sofá correspondiente había un abrigo y una bolsa llena de ropa. «Están en la sala del pasillo», me dijo inmediatamente la señora, adivinando mis intenciones.

Inmediatamente abandoné la habitación y fui hacia la sala de estar situada en medio del pasillo. Había una televisión encendida a la que nadie miraba y alguna mesa con periódicos y revistas encima. La gente estaba en grupos, supongo que hablando de sus cosas y problemas o tal vez de sus miedos y fracasos. Y allí estaban ellos, en la mesa de la esquina y mirando por una cristalera con vistas al bosque que está al otro lado de la carretera general. Estaban en silencio, solo miraban y pensaban. Me fui acercando y muy pronto adivinaron mi presencia. La mujer se levantó y vino a darme dos besos en la mejilla. Estaba tranquila y se mostró muy alegre y agradecida con la visita. Él permaneció sentado y no dijo nada. Sencillamente levantó un poco la mano para saludarme y sonrió con una expresión de emoción contenida, casi con la sensación de tener que pedir perdón por encontrarse en esas condiciones. La última vez que nos habíamos visto había sido hacía ya un par de años y en una situación muy diferente. Ninguno de los dos imaginábamos en ese momento lo que cambiarían las cosas en tan poco tiempo. Apenas podía hablar. Simplemente asentía a algunas preguntas que yo le hacía. A su lado había un trípode metálico del que colgaba una bolsa de líquido transparente que tenía conectada con una vía al brazo.

Su mujer empezó a contarme todo lo que había pasado durante ese tiempo. Me dijo que en las últimas semanas había comido algo de papilla bien desecha, pero que ahora no era capaz de tragar, aunque, a pesar de todo, ya estaba mejorando y confiaban en que no tardaría mucho en tener el alta. Lo cierto es que estaba muy débil y, aunque la visita parecía gustarle, no le apetecía demasiado que le preguntaran cosas y que le hicieran hablar. No quería esfuerzos vanos. Su mujer y yo empezamos a conversar de nuestras cosas, del trabajo, de las vacaciones, algo insignificante,

mientras él estaba como un espectador atendiendo a nuestra conversación. Yo le miraba de vez en cuando, aunque procuraba no hacerlo fijamente, para que nuestras miradas no coincidieran más de lo debido. No deseaba que percibiera la sensación de tristeza o quizá de impacto que me estaba invadiendo por dentro.

Sí, esa fue la sensación que tuve: impacto. Sobre todo al ver su boca. Tenía los labios fuertemente hinchados, cortados, y los dientes rodeados de sangre. Creo que su mujer enseguida notó que esa escena me había impactado, porque ella misma, sin preguntárselo, me explicó que la medicación le estaba afectando mucho en la boca, y que esa era una de las razones por las que no podía comer. Últimamente el cáncer se le había extendido –no recuerdo los conceptos médicos– y el tratamiento había sido más agresivo, provocándole secuelas muy visibles. De hecho se le veía mover la boca continuamente, seguramente por las molestias que estaba sintiendo. Pero la sensación que daba era de fatiga, de estar cansado de llevar ya un tiempo luchando sin resultados demasiados positivos. Sin embargo, ella mantenía la esperanza de que saldría adelante y de que muy pronto volvería a su casa, algo que no podía dejar de desprender una agradable sensación de ternura. Después de un tiempo nos despedimos y me fui.

La verdad es que salí de allí convencido de que la cosa no pintaba nada bien. Me dio la impresión de que la lucha ya estaba perdida, de que pronto llegaría el final y que ya poco quedaba por hacer. Telefoneé a mi madre y se lo dije. Ella había estado allí dos días antes y tenía la misma sensación. Ninguno de los dos nos equivocamos. Al poco tiempo se murió. Pero esa imagen de la boca ensangrentada tardó mucho en salir de mi pensamiento. Se me aparecía por las noches y me provocaba una cierta angustia, quizá porque me

imaginaba que también me podría pasar a mí. Continuamente oímos noticias de alguien que tiene cáncer y sabemos que en cualquier momento también podemos ser nosotros los pacientes, que esa boca puede ser la nuestra y aquel trípode, el amigo frío y mudo que nos acompaña día y noche. No puedo ocultar esa doble sensación que me hizo sentir aquella visita, la de la ternura que transmitían los ojos de la mujer y el espanto de una enfermedad que ya estaba terminando con la vida de alguien acostumbrado a luchar contra la adversidad y los fuertes temporales en sus muchos años trabajando en el mar.

2

MIEDO A LA MUERTE, MIEDO A LA ENFERMEDAD

La experiencia anterior no es sino una de tantas que cada día podemos encontrar en docenas de familias y personas. Pero, desde que la viví, no dejé de reflexionar sobre los problemas que afectan al final de la vida humana, sobre la enfermedad y el dolor, y sobre el hecho mismo de la muerte. Y lo hice desde diferentes perspectivas y aproximaciones, desde el optimismo y el catastrofismo –pues todo eso confluye en ese tipo de casos–, pero con la intención de buscar respuestas y orientaciones que me ayudaran a afrontar situaciones desesperadas y poder así ayudar también a otras personas a las que les toque enfrentarlas en sus propias vidas. Pero, llegado este momento, estoy convencido de que situaciones así solo se pueden tratar adecuadamente desde el realismo y la honestidad, sin ocultar el dramatismo y la dureza que casi siempre tienen, algo que podemos comprobar cuando le preguntamos a los padres qué sienten al perder a sus hijos o a cualquier persona cuando vive la pérdida de un ser querido. Son situaciones difíciles que, a pesar de todo, tenemos que ser capaces de aceptar e incorporar como parte de una vida que no siempre es agradable, como hechos adversos que irrumpen y trastocan el sueño o ideal que todos tenemos de una existencia feliz y complaciente.

Pero conviene ser honrados desde el principio. Soy una persona creyente y cristiana. Hay quien dice que esto ayuda

a vivir de una manera diferente la enfermedad y la muerte. Así lo creo yo también. Pero sería falso que dijera que por ser creyente no temo a la muerte. A mí me ocurre lo contrario. Yo amo la vida y tengo un miedo horrible a morir. Y en el fondo, aunque los respeto, no me acabo de creer a quienes dicen que no lo tienen. Es casi tanto como decir que no se ama, que nadie importa sino uno mismo. Porque morir supone el acto mayor de ruptura personal con la existencia y con los demás. Supone dejar en orfandad a aquellos con los cuales estamos unidos por vínculos de afecto, cariño y amor. Supone aceptar que otros llorarán la ausencia y que vivirán ya para siempre en un vacío difícil de llenar. Quizá por ello es difícil pensar la plenitud sin ellos a nuestro lado. Porque, si lo más importante en la vida es el amor, no hay mayor expresión de su realidad que la proclamación continua del «yo quiero que vivas siempre», «quiero que estés a mi lado y que jamás me abandones», «vive tú, aunque sea yo mismo quien tenga que morir». Como cristiano, pienso que ese es el mensaje de Jesús de Nazaret y el sentido último de la esperanza escatológica: «Ahora vivirás ya para siempre a mi lado». La muerte, aunque inevitable, es el «último enemigo» con el cual tenemos que combatir. Así decían las palabras de Job: «¡Qué breves son los días de mi vida! Aléjate de mí, déjame gozar un poco antes de que me vaya, y ya no vuelva, al país de las tinieblas y de sombras, al país oscuro y en desorden, donde la claridad parece sombra» (Job 10,20-22). Y también Rosalía de Castro escribía en *Follas novas*:

*Quén fora pedra,
quén fora santo
dos que alí hai;
como San Pedro,
nas mans as chaves;*

*co dedo en alre
como San Xoán,
unhas tras outras
xeneracioes vira pasar,
sin medo á vida,
que dá tormentos;
sin medo á morte,
que espanto dá¹.*

Pero, aun así, lo que la visita a aquella cuarta planta de un hospital más me ha hecho pensar ha sido sobre la dinámica y el camino en el que la enfermedad frecuentemente nos introduce. He visto enfermos caminando solos por los pasillos, familiares hablando de sus cosas, rostros decrepitos, tristes y llorosos, cuerpos acompañados de medios tecnológicos, personal sanitario conversando sobre cosas insignificantes o triviales... me he visto a mí mismo como un espectador de formas diferentes de combatir el dolor. Y me he asustado. Porque detrás de cada una de las habitaciones que llenaban aquella planta se esconden historias distintas de alegría y de sufrimiento, vidas a las que la grandeza o la miseria de su pasado han dejado de importarles por la preocupación de la incertidumbre de su futuro. Desde aquel entonces he visto gente abandonada en aquellas camas, pero también otra a la que ni el mayor amor del mundo podía ya consolar. He visto familiares discutiendo por herencias y banalidades, pero también niños desconsolados por no poder abrazar a quien ya jamás podrán olvidar.

¹ «Quién fuera piedra, quién fuera santo de los que allí hay; como san Pedro, en las manos las llaves; con el dedo en alto como san Juan, unas tras otras generaciones viera pasar, sin miedo a la vida, que da tormentos; sin miedo a la muerte, que espanto da».

Ahora tengo que reconocerlo: lo que realmente me da miedo es la enfermedad, no poder controlar mi vida, sentir dolores insoportables, llorar de angustia y ser testigo de cómo esas personas a las que quiero gastan sus fuerzas para ayudarme. Porque seguro que algún día alguien tendrá que levantarme, lavarme, vestirme, alimentarme, desvestirme y acostarme. Alguien tendrá que ser mi siervo y hacer todo aquello que yo no podré hacer. Cuanto más lo pienso, más cuenta me doy de la fragilidad de nuestra condición, de lo insignificantes que podemos llegar a ser y de los dramas humanos que podemos provocar y padecer.

Pero, aun así, aquella visita a la cuarta planta de un hospital también me brindó una luz de esperanza que tardé un tiempo en comprender y que ahora tampoco dejo de percibir en muchos lugares. Porque también vi alegría entre tanto dolor, también vi gente feliz cuidando, abrazando y besando a quienes ya no podían corresponder. Vi a aquella mujer al lado de su marido cogiéndole la mano, vigilando si la bolsa de suero se agotaba o no, limpiándole la sangre que a veces le salía de los labios, hablándole de temas agradables y animándole diciendo que pronto volverían a casa. Le decía que cambiarían eso y comprarían lo otro, que irían a tal sitio o volverían a tal otro... Él escuchaba y mientras tanto no sufría. En el fondo, y aunque lo sabía, le gustaba sentir ese aliento insignificante y mentiroso de una esperanza ya imposible. Le gustaba saber y escuchar que, pese a todo, tenía quien le quisiera.

3

Y SIN EMBARGO... LA MUERTE COMO HECHO

Marco Tulio Cicerón, el maestro más grande de la lengua latina que sacrificó su cabeza contra el delirio del poder, escribía que la muerte «debe ser objeto de reflexión para la adolescencia, de tal manera que no nos olvidemos de la muerte, sin cuya reflexión nadie puede sentirse tranquilo de espíritu». Y, de hecho, la muerte siempre ha estado presente en la mente y la obra de todos cuantos nos han precedido. Ningún pensamiento, por más optimista y vitalista que pueda haber sido, ha conseguido evitar antes o después encontrarse reflexionando sobre ese hecho tan inevitable. *O próprio viver é morrer, porque não temos um dia a mais na nossa vida que não tenhamos, nisso, um dia a menos nela*, escribía Fernando Pessoa. Porque de alguna manera toda nuestra vida es una preparación para tan trágico desenlace. Ya desde el primer latido, «en la primera pulsación, cuando las fibras se estremecen y los órganos cobran vida, está el germen de la muerte. Antes de que nuestros miembros cobren forma, está cavada la estrecha tumba en la que serán sepultados» (Palgrave). Resulta paradójico, pero «empezamos a morir con el primer acto de vida» (Nuland). Esa es la regla más elemental de nuestra propia condición, y ya sabemos –como acertó a decir Chesterton– que «son las reglas las que permiten que haya juegos».

Y, sin embargo, la muerte nos aterra y amenaza, siempre llega a destiempo para interrumpir nuestros proyectos de

vida, como una visita a la que nadie ha invitado y que ni se espera que aparezca. Pero sabemos que está al acecho, esperando para entrar quizá en el momento menos esperado y más inoportuno. «La muerte es grande, somos los suyos de riante boca. Cuando nos creemos en el centro de la vida, se atreve ella a llorar en nuestro centro», escribía el gran poeta Rainer María Rilke. Es la evidencia de las evidencias, aquella contra la que tantas veces hemos luchado, pero contra la que, en último término, siempre acabamos siendo vencidos. Es lo indiscutible, lo que llevó a Ernst Bloch, ese autor de *El principio esperanza*, a afirmar que «no hay certeza en esta vida tan incierta que pueda compararse con la certeza de la muerte», «las garras de la muerte lo aniquilan todo». Pero, ¿por qué nos atemoriza ese hecho que desde que tenemos conciencia sabemos que llegará? ¿Por qué nos resistimos contra lo que sabemos que es inevitable? ¿Por qué nos negamos a aceptar la tragedia invencible de nuestro destino?

La muerte dirige, en último término, la vida, es el horizonte en torno al cual todo gira. Somos seres para la muerte (Heidegger). Séneca llegó a decir que «temerla es propio de un demente, porque las cosas ciertas se esperan, las dudosas se temen. La muerte es una necesidad igual e ineludible para todos», «es una ley, no un castigo». Ella es la que tiene la última palabra sobre la conformación de nosotros mismos, la meta que colma de sentido o sinsentido todo cuanto hemos hecho. Por eso inquieta que siempre nos atrape cuando aún no estamos del todo preparados o cuando solo hemos hecho a medias lo que deberíamos hacer completamente, algo que ocurre por nuestra propia condición herida en su misma esencialidad. La perfección, la plenitud, la felicidad o la santidad son los anhelos que jamás podrán verse colmados en una existencia tan precaria, son las ideas

de las que tenemos que hacernos merecedores, aunque nunca las veamos cumplidas, son lo inalcanzable en la realidad, pero que viven en la esperanza de la posibilidad. La muerte representa así el misterio que nos encamina hacia la nada, hacia el precipicio o hacia la cima, el tránsito que desvela última y personalmente si todo cuando somos e hicimos tiene un sentido eterno o si no es más que un auténtico fracaso, una mera quimera.

Probablemente, el ser humano es el único que ha soñado alguna vez con la inmortalidad, con la posibilidad de trascender real y ontológicamente la imperfección que nos invade. Pero sabemos que la vida, tal como la conocemos en el tiempo y en el espacio, tiene un final, que no es más que un sencillo paso, «que la naturaleza nos dio una posada para detenernos, pero no para habitarla» (Cicerón). «El tiempo es la paciencia de Dios», decía Mounier. La muerte es el sino de lo que tiene actividad, de lo que un día se vanagloriaba presuntuosamente de su dominio sobre las fuerzas naturales. Pero, precisamente, son ellas las que siempre consiguen la victoria, lo que llevó a Marco Aurelio a levantar su voz para suplicar: «No desdeñes la muerte; antes bien, acógela gustosamente en la convicción de que esta es también una de las cosas que la naturaleza quiere». Porque solo el ser humano puede ser realmente consciente de ella, muriendo así más mortalmente que cualquier otro ser, solo él puede asumirla, interpretarla y afrontarla con plena conciencia de sí, y de este modo darle un sentido preciso.

Pero, al mismo tiempo, la muerte representa el vértice del enigma que el ser humano es, la experiencia ante la cual la vida adquiere todo su dramatismo. La muerte, especialmente la del otro, la del ser querido, nos transforma y cuestiona, como le pasó a san Agustín con la de su íntimo amigo. Nos hace enfrentarnos con las cuestiones más últimas, con

nuestros miedos, con la soledad y con el amor, hace aflorar lo que parecía que estaba escondido, nos hace convertirnos en enigmas para nosotros mismos, nos hace replantear todo nuestro proyecto de existencia vital. Todos hemos percibido el dolor de unos padres con la muerte de sus hijos, por una muerte siempre a traición, pero también el vacío de los hijos con la muerte de sus padres o el del amante por la ausencia definitiva de la persona amada.

Porque, en definitiva, la muerte nunca se asume del todo. Nadie está preparado para morir. Provoca llanto, tristeza, conmoción, desesperación... gritamos y suplicamos en nuestro interior que nos conceda algo más de tiempo, que todavía es demasiado pronto para un final así. En su diálogo del *Fedón* le dice Platón a Simmias:

Por lo que respecta a dotes adivinatorias, soy, en vuestra opinión, inferior a los cisnes, que, una vez que se dan cuenta de que tienen que morir, aun cuando antes también cantaban, cantan entonces más que nunca y del modo más bello, llenos de alegría porque van a reunirse con el dios del que son siervos. Mas los hombres, por su propio miedo a la muerte, calumnian incluso a los cisnes y dicen que, lamentando su muerte, entonan, movidos de dolor, un canto de despedida, sin tener en cuenta que no hay ningún ave que cante cuando tiene hambre, frío o padece algún otro sufrimiento, ni el propio ruiseñor, ni la golondrina, ni la abubilla, que, según dicen, cantan deplorando su pena.

Pero el ser humano, ese pobre indigente, no deja de lamentarse por eso que es y quiere dejar de ser, un simple mortal anhelado de eternidad.

Sabemos que la ciencia de los últimos siglos, y especialmente de las últimas décadas, trajo una enorme cantidad

de mejoras que nunca podremos agradecer bastante. Pero asimismo trajo también complicaciones que hace poco tiempo ni siquiera imaginábamos, sobre todo en la manera de vivir la muerte. Hasta tal punto es así que hoy ya no tenemos claro ni siquiera cuándo podemos decir realmente que una persona está muerta, pues los signos de antaño ya perdieron gran parte de su validez. Castela, en su maravillosa obra titulada *Retrincos*, nos relata algo que ha sido una constante a lo largo de la historia: «El dependiente sacó del bolsillo un espejo pequeño, se lo puso delante de la boca y, viendo que no se empañaba con el aliento, declaró que el viejo gaucho ya no era de nuestro mundo». Pero resulta que, con la tecnología actual, muchas personas ya pueden no solo ser reanimadas, eliminando así el miedo a ser enterradas vivas, sino también mantenidas con vida mientras el cerebro aún conserve algo de actividad eléctrica. De ahí que, por el espanto de no ver cómo un cuerpo se descompone, el criterio de muerte cardiopulmonar ha sido completado con el de muerte encefálica, pero que ya está produciendo no pocos problemas en muchos centros y lugares de todo el mundo.

Ahora bien, la tecnología puede hacer muchas cosas, pero lo que aún no pudo y seguramente jamás conseguirá es darnos la inmortalidad, pues la propia condición humana, como la de todo ser vivo, está «confinada por el nacimiento y por la muerte» (Ramón Piñero), algo que podemos esquivar un tiempo, pero no eliminar definitivamente. De ahí que nuestro reto es no solo buscar sentido en la enfermedad y el dolor, sino también en ese hecho inevitable para que toda nuestra vida no sea un mero absurdo irracional agotado en sí mismo, para que la muerte no se convierta en el último ídolo de nuestra existencia mundana.

4

LA CONTEMPORANEIDAD DEL *IVÁN ILLICH*, DE LEÓN TOLSTOI

Pudo ser en cualquier lugar, cualquier día y a cualquier hora. Probablemente esté sucediendo ahora, porque, aunque esté muerto, Iván Illich es lamentablemente inmortal y contemporáneo de muchos de nuestros enfermos, como esas obras que ya son clásicas y por eso mismo siempre actuales, porque siguen vivas y no dejan de decir cosas nuevas en todo tiempo y lugar. Lo sabemos bien; la injusticia, el sufrimiento y el dolor nos unen de alguna manera, son las situaciones límite que atraviesan la historia e interrogan nuestras vidas y la forma que tenemos de enfrentarnos a la propia caducidad. Por eso la señorial vivienda de San Petersburgo creada por Tolstoi es hoy también la humilde morada de tantas personas en cada rincón de la tierra.

Allí estaba él, adormecido en su sofá con sueños de miserables: un inmenso salón con chimenea, biombos, rincónera, sillas al azar, platos de adorno y bronces... todo lo que un señor de la justicia hubiera podido desear y para quien la vida se basa en los placeres de una buena partida, decoro en las costumbres y buena apariencia social en los bailes de salón con distinguidos invitados. Es la vida deseada, en donde lo superfluo no deja ver el sentido real de todo cuanto existe y donde el mal ajeno queda oscurecido por el disfrute del bienestar propio. Porque pocos son conscientes del dolor cuando se contempla desde lejos y no invade la propia